

CAPITULO XVIII

EN EL CUAL EL SEÑOR CROUSILLAT DESCUBRE QUE LOS PERIODISTAS A VECES «SIRVEN PARA ALGO»

EL señor Crousillat entró en Arlés a pie, sudando, jadeante, y en el estado de espíritu que puede suponerse; tras él iba triunfante su escribano el señor Bartholasse, que no perdonaba al jefe de ningún modo la paciencia que tenía con Rouletabille.

—Nada se gana halagando a esta ralea (que pronunció relea). Cuando se les da un dedo, cogen el brazo. Vea usted ese bufón que se ríe de nosotros. Empezó echando mano a un uniforme de gendarme... ¡Ya verá usted por dónde acaba!

Como se recordará, Rouletabille acabó por coger la bicicleta del señor juez.

—Voy a meterle en chirona—expuso el señor Crousillat.

—Usted dice eso—replicó el escribano—. ¡Ya sabrá él enredarle en sus tretas!

Cuando el señor Crousillat fué a entrar en el Juzgado, donde iba a buscar la sumaria para trabajar en su casa toda la tarde, pues este asunto le traía atareado día y noche, lo primero que vió delante de la portería fué su propia bicicleta. No daba crédito a sus ojos.

— ¡La misma! — dijo Bartholasse.

— ¿Quién trajo aquí mi bicicleta? — preguntó el juez.

— Ahora mismo la trajo el señor Rouletabille — contestó el portero —. Dijo que usted se la prestó, y me ha recomendado que tenga buen cuidado de ella. Me rogó también que dijera a usted que él vendría a dar a usted personalmente las gracias.

— Continúa la farsa — masculló el señor Bartholasse con mofa tal que sacaba al juez de sus casillas —. ¡Oh! aun no hemos acabado.

El señor Crousillat, furioso, subió más que de prisa a su despacho: apenas el señor Bartholasse podía seguirle.

— ¡Uff! — exclamó el escribano —: se está aquí mucho mejor que en el café.

— ¿Dice usted eso por mí, señor Bartholasse?

— ¡No por usted, señor Crousillat, sino por Rouletabille, que nos hace cada pasada!

En este momento, el ujier anunció al señor *Rouletabille*. Juez y escribano se sobresaltaron.

— ¡Que pase! — exclamó en tono terrible el señor Crousillat.

— Es que el señor Rouletabille no viene solo.

En esto, irrumpió el señor Rouletabille.

— Sí, señor juez: *henos* aquí. Celebro mucho encontrarle aquí; como ya sé que ésta es su hora de comer...

— ¡Basta de *zalamerías*! (El señor Crousillat cuando se enfadaba no sólo echaba mano a las palabras del señor Bartholasse, sino además las pronunciaba como él.) Voy a enseñarle a usted lo que cuesta burlarse de la justicia.

— Pero yo... — interrumpió Rouletabille poniendo cara de la mayor inocencia —. ¿Yo me he burlado de la justicia?

— ¿De quién se ha burlado usted, pues, al coger en mis propias narices mi bicicleta?

— De la justicia no, seguramente, pues yo la cogí de prestado para servir precisamente a la justicia.

— ¡Ea! ¿Qué le dije a usted? — exclamó el señor Bartholasse —. Ya le tiene usted aquí con sus tretas... Óigale, óigale usted.

— Sí, óigame — repuso acorde Rouletabille —; y acepte mis gracias, señor Bartholasse, pues es la primera vez que dice usted hoy algo razonable.

— ¡Aguarde! Prefiero irme — repuso éste —, pues veo que voy a hacer un disparate.

— Dejemos que este hombre vaya a tomar su manzanilla — ordenó el repórter desentendiéndose del escribano —; pero usted, señor Crousillat, ¿usted recuerda lo que le prometí para la hora de su comida?... ¡La detención de los culpables! ¡No se desazone usted! ¡El señor juez de instrucción queda servido!

Y con un gran gesto, que le hubiera envidiado un jefe de servidumbre del gran siglo, enseñó al señor Crousillat el banquete que le había preparado; a Andrés y a Calixta entre dos gendarmes, llenando la puerta que Rouletabille acababa de abrir.

Los dos bohemios, empujados por *Camiseta*, avanzaron.

Andrés iba cruzados los brazos y mirando con indiferencia despectiva a cuantos allí le rodeaban. Era un bravo mozo. Al franquear el dintel del despacho, espetó al rostro de Rouletabille esta frase: «*Quai te faqué, fan l'estoufer* (hay que ahogar al que te engendró); luego pareció que no concedía importancia alguna a cuanto pasaba en torno suyo. Con las espaldas mal protegidas con un jirón de camisa que dejaba al descubierto su pecho casi desnudo, parecía hermoso como un dios de bronce. Calixta se sentó, sin que nadie la invitase, en la primera silla que estuvo a su alcance, y se miraba las uñas, que desde su salida de París habían perdido algo de lustre.

—Usted busca a los que han raptado a la señorita de Lavardens—expuso Rouletabille—; aquí los tiene usted.

—*Señor juez*—dijo a su vez *Camiseta*—, no lo desmienten; nos lo han confesado... ¡Miserables! Y aun se alaban. ¡Ah!, hay que *desir* también que ese mochacho, ése (y señalaba a Rouletabille) ha dirigido bien la *espedición*...

El señor Crousillat miró uno por uno a los detenidos,

al repórter y a *Camiseta*. La emoción paralizaba su lengua. *Camiseta* insistió:

—Es una buena redada, ¿eh?

—Pero, cicatero—exclamó el señor Crousillat golpeando con su manaza la espalda de Rouletabille—, ¿por qué, si usted iba a dar este golpe, no me lo avisó? Ello hubiera sido mucho más sencillo que ro... que ro..., que llevarse de prestado la bicicleta... Yo le hubiera facilitado todos los gendarmes que le hubieran hecho falta...

—No, señor juez, no me los hubiera facilitado. Ya se habría dado buena maña mi querido Bartholasse para impedirselo a usted. Era mucho más sencillo tomárselos. Al llevarme la bicicleta de usted, contaba ya con ellos, pues habían de venir tras de mí adonde fuera.

El señor Crousillat no insistió. Volvióse hacia los detenidos y dijo:

—Entonces estos vagabundos son los autores. ¡De pie, la señorita!

Calixta se levantó dócilmente, sin aparente emoción.

—Saben ya ustedes dos de qué se les acusa: de haber asesinado al señor de Lavardens y raptado a su h... señorita. ¡Y dice usted, *Camiseta*, que lo han confesado! Escriba, secretario.

—No hemos asesinado a nadie—declaró friamente Calixta.

—Ante todo—repuso el juez—, ¿qué son ustedes? ¿Qué ha de ser esta gentuza? Bohemios, claro está.

—El señor le puede contestar—dijo Calixta completa-

mente tranquila, y señalando a Rouletabille—; él me conoce.

Rouletabille se adelantó hacia ella, le levantó la manga de la blusa y vió en su brazo ambarino el arete de oro que un día le enseñara...

—Sí, conozco a usted—dijo—; es usted la que lleva en el brazo el signo de la venganza. Quiso usted vengarse del señor de Sautierne, y para ello raptó a su prometida.

—¡Ah, caramba! ¿Qué quiere decir todo esto?—exclamó el señor Crousillat—. ¿De modo que usted conocía a esta mujer?

—¡Oh!—repuso Calixta con extraña sonrisa—. El señor Rouletabille y yo somos antiguos amigos. Ha comido muchas veces en mi casa.

—Pero ¿en su casa se recibe y se come?—exclamó el juez paseando la mirada por los andrajos que cubrían a aquella singular beldad.

—La señora—dijo Rouletabille—tiene una excelente cocinera, y mora en lujosa casa de uno de los barrios más elegantes de París.

—¿Cómo? ¿Esta mujer parisién?

—No; la señora es bohemia, pero merced a Juan de Sautierne, que un día la libró de las brutalidades de este hombre, hoy su cómplice, se trocó en una de las más seductoras parisienses que se hayan conocido, y me guardo muy mucho de olvidar la hospitalidad que me otorgó ha pocos días en compañía de su amante, de su loro y de su osezno... y lamento que dejara la capital para ves-

tir de nuevo estos despojos; pero, como dijo aquél, «la cabrita al monte» o «se vuelve siempre al primer amor». Por mí, que vuelva, pero que nos diga ahora qué ha hecho de la señorita de Lavardens.

—Eso, nunca—exclamó Calixta en tono tan salvaje que todos los allí presentes sintieron calofríos de espanto.

—Señora—repuso Rouletabille—, usted olvida sin duda que se ha asesinado al señor de Lavardens.

—Nada tenemos que ver con ese asesinato.

—Tenga la bondad de explicarlo—dijo a su vez el señor Crousillat, que había oído el coloquio sin intentar interrumpirlo, pues le informaba de modo singular—. Se cometió el asesinato al mismo tiempo que el rapto.

—Y nadie podrá dudar—arguyó Rouletabille—de que ustedes mataron al señor de Lavardens porque éste acudió en socorro de su hija. Y ustedes pretenden ser inocentes de tal crimen! Pues bien: sólo una persona puede comprobar esa inocencia, y esa persona es la señorita de Lavardens.

—Eso es claro como la luz del día—subrayó el señor Crousillat—. ¡Si ustedes no nos devuelven a la señorita de Lavardens, ello prueba que ustedes han asesinado a su padre!

—¿Lo entiendes, hombre, lo entiendes?—acabó diciendo Rouletabille y abalanzándose contra Andrés—. ¡O la señorita Lavardens o la muerte los dos!

Andrés continuó con los brazos cruzados. Miró a Rou-

letabelle por encima del hombro, señaló a Calixta con el gesto y dijo:

—Si yo no pido otra cosa que morir con ella.

—Más codiciable sin duda es vivir con ella—replicó tentador Rouletabille.

Calixta lanzó fulgurante mirada al repórter y volvió a sentarse, declarando tranquilamente que ese intento de soborno para la declaración del asesinato no estaba mal urdido, pero que de nada servía: podían hacer de ellos lo que quisieran, que no lograrían saber más.

El señor Crousillat no existía al parecer sino como satélite de Rouletabille, al cual desde aquel momento y sin darse bien cuenta abandonó la dirección del sumario. Representaba este papel muy al natural el repórter, acostumbrado ya a hablar cuando la justicia nada tenía que decir.

—¡Calixta!—repuso Rouletabille con dulzura y amainando las amenazas—: no sé cómo inducir a usted a comprender mejor sus intereses. Nunca le he dado un mal consejo. Si me hubieran hecho caso usted y Juan, no estaríamos donde estamos unos y otros. Me hago cargo de su resentimiento y ya usted me pronosticó cualquier ruín venganza... Por mi parte, no creo que ustedes llegasen hasta el asesinato del señor Lavardens, pero éste es un hecho real, con el cual deben ustedes contar. Y les aseguro que no saldrán del atolladero sin previa devolución de esa joven que no conoce a ustedes y a la que tanto han hecho ya sufrir. ¿A qué obstinarse? *Aunque us-*

ted no diga una palabra, yo recuperaré a Odette. Devuélvanosla en seguida.

—*Nadie tiene poder bastante para devolverles ahora a Odette.*

—Sé lo que quiere usted decir.

—No, usted no lo sabe.

—Para probar a usted que lo sé, ¿quiere que le diga lo que pasó en la cueva de la vieja Zina?

Calixta se estremeció sin poder remediarlo.

—¿Lo que usted hizo y lo que dijo?

—¡Ah! sí; le desafío a que lo diga.

—Bueno—repuso Rouletabille—; secretario, escriba que la señorita Calixta conviene en que fué a la choza de la vieja Zina.

—Pero, señor—protestó el señor Bartholasse, irritado ya por la desenvoltura del repórter—, no estoy aquí para acatar sus órdenes...

—Mis órdenes, no; pero sí las del señor Crousillat, y el señor Crousillat le ordena que escriba...

—Secretario, escriba—repuso el señor Crousillat.

—¡Oh! ¡oh!—zumbó el señor Bartholasse.

—Si usted no quiere escribir, escribiré yo y la señora firmará—expuso Rouletabille.

El señor Bartholasse, humillado, caló la pluma en el tintero con movimiento tan brusco que a poco vuelca el tintero.

«Una vez llevada la señorita Odette de Lavardens—dictó el repórter—casi desvanecida al antro de una vieja

hechicera zingara llamada Zina, me acerqué a ella... (Es la señora la que habla—explicó Rouletabille—y si en algo me equivoco, ya tendrá la bondad de advertírmelo.) Conmigo estaba allí mi cómplice Andrés.

»En cuanto la señorita de Lavardens nos vió se puso a temblar, pues le causaba espanto este hombre que la había raptado, llevado en sus brazos y en el cual reconoció al esquilador de perros que la víspera le habló junto a la verja del *Viei Caston-Nou*. Con un gesto ordené a Andrés que saliera y me quedé sola con la señorita de Lavardens.»

A medida que Rouletabille avanzaba en el relato, Calixta, que al principio se dió aire de escucharle con desprecio, iba ya mirándole con cara de espanto.

«A solas, pues, con la señorita de Lavardens—continuó diciendo el repórter—, pues para mí la vieja Zina no suponía nada, mucho menos que una criada, era más bien mi esclava.

»—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?— me preguntó con voz desfallecida la señorita de Lavardens.

»Le contesté que podía llegar a ser su amiga y salvarla, *si tenía a bien escucharme*. Agregué que corría los mayores peligros, que ciertas personas que no habían retrocedido ante nada para prenderla, no titubearían en deshacerse de ella por completo... si a ello les obligaba. Al principio no respondió a mi propuesta más que con gemidos: «¡Dios mío! voy a morir aquí», mientras sus ojos espantados recorrían la mirada por las paredes tachona-

das por la vieja Zina de mochuelos y murciélagos. De la chimenea colgaba un buho y en el rincón se mecía sin cansancio un osezno. La convencí de que la librería de aquel infierno. Acabó por abandonar sus manos, urentes de fiebre, entre las mías, pues para inspirarle confianza me valí de las palabras más halagüeñas. Temblorosa, me dijo:

»—*Esto es nada; pero la noche, las ratas* que habrá aquí.»

Calixta, cada vez más azorada, con brusco movimiento empujó hacia atrás la silla, alejándose de Rouletabille, y muy pálida, murmuró:

—¡Es la Bekal (Es el diablo).

—*Meria schaiá* (hermana mía)—repuso en voz baja Andrés, y farfulló velozmente unas palabras zingaras que al parecer reconfortaron a la bohemia; pero el repórter, dispuesto a no perder ventaja, reanudó autoritariamente su relato, imponiéndose al señor Bartholasse con un gesto decisivo.

»Pregunté a la señorita de Lavardens si tenía enemigos. Me contestó que no.

»—Pues bien: tiene usted una enemiga terrible; se llama Calixta...

»Apenas hube pronunciado este nombre, la señorita de Lavardens empezó a sollozar tapándose el rostro con las manos. Entonces me decidí a dar el golpe final:

»—Esa enemiga estaba decidida a matarla a usted—le dije—; pero logré disuadirla con la condición de que usted hará cuanto voy a decirle...

»La joven me miró con angustia a través del velo de sus lágrimas.

»—Va usted a escribir lo que yo le dicte.»

Tenía a prevención papel de escribir *comprado en Arlés*, y le puso sobre las rodillas una tablilla. ¿No es así? —preguntó Rouletabille mirando de hito a hito a Calixta.

—¡Brujo! —le espetó la detenida, retrocediendo aún más la silla.

—Secretario, escriba usted que la reo ha calificado de brujo a Rouletabille, lo cual equivale a una confesión.

Sobre la tabla, Zina colocó un sórdido tintero, llenado recientemente de tinta, y dicté lo siguiente a la señorita de Lavardens:

«Juan, no te amo. Sé ya que Calixta es tu querida. He preferido huir a casarme contigo. Adiós, ya no me verás jamás.»

¿No es éste el texto? —subrayó Rouletabille.

Calixta sólo envió como respuesta el frío resplandor de su mirada.

—Continúo, pues nada se me contradice. La señorita de Lavardens, que parecía hasta aquí medio muerta, e incapaz del menor esfuerzo, apenas oyó lo que de ella pretendía, se irguió de un salto, volcando el tintero, rompiendo la pluma e inundándose los pies de tinta.

»Enseñe usted los pies —exclamó el repórter—, enseñe los pies, señora. El pueblo andariego no se lava los pies todos los días, y si usted se trajo el osezno, hubo

de dejar su pedicuro en París. ¡No! ¡Usted se resiste a enseñar los pies! ¡Secretario, escriba!, escriba que la señora se resiste a enseñar los pies al citado Rouletabille, lo que equivale también a una confesión. Y sigo:

»La señorita de Lavardens, a raíz de su estallido, me declaró muy conmovida que jamás escribiría palabra que indujera al señor de Sautierne a creer que ella no le quería... *«Antes me cortan la mano»*, y le respondí textualmente, sacando un cuchillo: *«Pues bien, querida: te la cortaré.»* ¿Niega usted estas palabras? ¿Niega usted que sacó el cuchillo? No; pues las palabras fueron textualmente pronunciadas como yo las repito, y en cuanto al cuchillo, *aquí está*.

Y Rouletabille, arrojando el cuchillo con mango de asta sobre la mesa del juez, agregó:

—Lo compró usted el día 23 por la tarde en el establecimiento de Bonnafons, en Santas Marías.

—Lo compré para amedrentarla—susurró Calixta, jadeante como alimaña cercada y sin tiempo para darse cuenta de dónde y cómo se le ataca.

—¡Quizás! ¡Es posible que si ella firma, usted no la hubiera matado!

—¡La han matado, pues! —exclamó el juez, que parecía allí tan sólo un espectador que con angustia seguía las incidencias del drama evocado ante su presencia.

—*¡No!, pero quiso matarla.*

—Eso no es cierto.

—¿Dice usted que esto no es cierto? He aquí lo que

pasó con todo detalle. Viendo la actitud decidida de la señorita de Lavardens, usted le dijo: «*Calixta soy yo. Tu novio es mi amante. Escoge: o no sales de aquí viva, o renuncias a Juan.*» Siguió a esto feroz escena, y, en efecto, del trance no hubiera salido con vida la señorita de Lavardens, si...

—¿Si?—preguntó el juez.

—Si en ese momento no hubiera ocurrido algo raro...

Al oír estas últimas palabras, Calixta reveló tal emoción que fué menester nada menos que una nueva intervención de Andrés para calmarla. Pues mientras Rouletabille, atento sin perder detalle a los menores gestos que entre sí cambiaban los bohemios, urdía su relato, la joven tenía clavados los ojos en la faz diabólica del gitano.

—Sí... algo raro, ciertamente—contó el repórter—. Podía ya darse por muerta a Odette, si un ser insignificante, un viejo trasto, en quien nadie reparaba más que para echarlo a puntapiés, o a un rincón, en el cual casi siempre vivía agazapado, en una palabra, la vieja Zina, no se interpone entre Calixta y la joven. Andrés acababa de reaparecer en escena dispuesto a ayudar a su cómplice en la horrible venganza... Ahora bien: ni uno ni otro insistieron *ante un gesto de Zina y ciertas palabras* que la vieja pronunció muy bajo, muy *bajo, tan bajo*—agregó Rouletabille—, que sólo pudieron oírlas Calixta, Andrés y... Rouletabille.

Calixta y Andrés palidecieron ahora horriblemente.

—Mientes—dijo aquélla—; estabas muy lejos para po-

der oír esas palabras; de haberlas podido oír, hubieras salvado a tu *Odette*.

—Zina, que es bruja—le replicó el periodista—, te dirá que un hechicero puede oír cosas dichas en el extremo del mundo y hasta... en el otro mundo. Sé tan bien lo que la vieja Zina dijo, que lo que os llena de terror es que yo repita esas palabras... *porque podría creerse que me las hablais transmitido vosotros, y eso no os lo perdonaría ningún zingaro de la tierra.*

—¡Ah!, bajáis la cabeza. Pues bien, tranquilizaos: no repetiré las palabras que se pronunciaron en el antro de la vieja Zina, y comprendo cuán difícil es ahora vuestra posición en el caso de querer devolvemos a Odette...; así, pues, os propongo un arreglo. Dadme un indicio provechoso, y cargo con todo... *caiga todo peligro sobre mí*; de vosotros sólo se sabrá que os habéis negado a hablar, *hasta para salvar la cabeza*; yo solo seré el que haya salvado a Odette y de rechazo a vosotros, si realmente no sois culpables del asesinato del señor de Lavardens.

La dialéctica de Rouletabille, y al mismo tiempo el sentido recóndito de estas palabras, conturbaron de nuevo profundamente a Calixta; pero Andrés la miró de cierto modo, y al punto espetó la gitana estas palabras con maligna sonrisa:

—Ya que eres brujo, sabrás muy bien hallar a Odette, prescindiendo de nosotros.

—Indudablemente—exclamó Rouletabille desesperado

al ver la inutilidad de sus esfuerzos—; pero con una sola palabra tuya, hija del diablo, he querido ganar tiempo en favor de ella y en favor tuyo. *¡Bien sabes qué preciosos son los minutos!*

—Los pierdes aquí—replicó friamente Calixta.

Rouletabille se levantó.

—Señor juez, ordene usted que los bajen al calabozo; nada nos queda por hacer hoy con ellos.

El juez tenía mucha prisa de hallarse a solas con el repórter para hacerle varias preguntas que no fueron inmediatamente contestadas. Con un gesto ordenó a *Camiseta* que se llevase a los detenidos.

—Guárdelos bien—le espetó Rouletabille.

Camiseta sonrió, retorciéndose el mostacho.

A sus ojos no había, evidentemente, cosa más chusca que se le pudiesen escapar los detenidos. Sin embargo, tomó sus precauciones, para que a todo evento nada tuviera que reprocharse.

Cerrada la puerta, el juez volvióse hacia Rouletabille, diciéndole:

—¿Qué fué lo que la vieja Zina le dijo?

—¡Ahl, señor juez, este secreto no me pertenece.

—¿Cómo? ¿No quiere usted decírmelo?

—Ni a usted ni a nadie.

—Respete usted los secretos de esos bandidos.

—Esto no es secreto de Andrés, ni Calixta, ni aun de la vieja Zina—respondió pensativo el repórter.

—¿De quién, pues? ¿Puede saberse, señor?

—Sí, señor juez; el secreto es del muerto.

—¡El secreto del señor de Lavardens! ¿Entonces el secreto murió con él?

—No, señor; no murió, sino que procede de ahí.

—¿Todo el mal?

—Todo el bien, señor, todo el bien. Recuerde usted que si Zina no habla, matan a la señorita de Lavardens.

—La hubieran asesinado como asesinaron al padre.

—No; no asesinaron al padre.

—Han raptado a la hija; pero no asesinaron al padre. ¡Dios mío, habrá que creerlo, puesto que usted lo dice!

—Esto parece afligirle a usted—dijo sonriente Rouletabille.

—Lo que me aflige—respondió el señor Crousillat con harta razón—es que se pavonee usted de saberlo todo y nada me diga. Pues bien: por lo que a mí toca, voy a ser menos reservado y misterioso que usted: por lo pronto, si no es Andrés el asesino del señor Lavardens, hemos de volver sobre Hubert, y ya en este punto tiene alguna importancia lo que voy a decirle... Hubert solía tener, al parecer, sobre la mesa de su despacho una especie de cuchillo en forma de puñal, muy afilado, cuchillo que no parece por ninguna parte...

—Porque usted lo busca mal, señor juez. Se lo vuelvo a repetir, señor juez; no es Hubert el asesino.

—En fin... si no es el uno ni el otro, ¿me quiere usted decir quién lo es?

—Lo sabrá usted mañana por la mañana... Vaya usted